

## **LA COMISIÓN DE BENEFICENCIA DE ROSARIO Y SU OBRA A FAVOR DE LAS CAUTIVAS**

María Cecilia Stroppa  
Universidad Nacional de Rosario

Si pensamos en una caracterización de Rosario a mediados del siglo XIX y revisamos la obra de Juan Álvarez<sup>1</sup> encontramos que "El principal elemento de cultura ha de buscarse en la prensa. Rosario tuvo la suerte de poseer desde su florecimiento una hoja redactada con seriedad. Junto con la apertura de los ríos llegaba la libertad de imprenta, el derecho de exponer ideas públicamente, agradase o no al gobierno, y Rosario que nunca había tenido periódicos, dispuso bien pronto de La Confederación, importante bisemanario político, literario y comercial defensor de las autoridades federales. Sin embargo, La Capital, fundada por Ovidio Lagos y Eudoro Carrasco el 15 de noviembre de 1867 "[...] iba a representar para el país lo que años atrás La Confederación: una excelente herramienta de trabajo aplicada a defender el equilibrio interno argentino"<sup>2</sup>.

Ovidio Lagos (31 de agosto 1825-13 de agosto 1891) director primero y luego dueño exclusivo de ella, amplía la información que ofrece el periódico y aporta noticias sobre una problemática que preocupa a todos por igual, mantiene un carácter testimonial y a la vez, en tanto discurso público de las élites del poder político, exhibe una imagen de carácter ambivalente positiva/negativa hacia los indígenas.

Por iniciativa privada se comienza en Rosario atendiendo a los desvalidos y menesterosos y así, los residentes franceses instalan el 25 de mayo de 1854 una asociación destinada a tales fines. Al mes siguiente es organizada por un grupo de Damas la Sociedad de Beneficencia, designándose presidenta a Doña Laureana Correo de Benegas. Según Álvarez<sup>3</sup> estuvieron sucesivamente a cargo de la institución las señoras: Ángela Rodríguez de Rosas, Marcela S. de Rusiñol, Eusebia S. de Rosas, Benita Vidal de Caminos, Laureana C. de Benegas, Ángela N. de Cullen, Deidamia O. de Díaz Vélez, etc.

Es difícil imaginar qué sentimientos se generaban en la población rosarina leyendo diariamente sobre invasiones, asaltos, saqueos, robos de personas y animales y los consecuentes rescates de cautivos que efectuaba la Sociedad de Beneficencia de Rosario, noticias y testimonios de seres humanos que aportaban trágicas historias de una realidad desconocida procurando reproducir una situación que los había tenido como protagonistas durante un tiempo involuntario. Tal vez pocos rosarinos habían oído el iracundo galope del malón y sufrido los ataques inesperados y violentos, la agresividad de la lucha cuerpo a cuerpo, la pérdida de seres queridos y sus bienes. Pero todos leían sobre estos hechos en las páginas de La Capital.

El rescate de cautivos concientiza a la población y el objetivo fundamental de la Comisión en los primeros tiempos parece ser el de recaudar fondos. Así, el 9 de diciembre de 1867 "las damas aficionadas de Rosario dan un concierto cuyo producto será destinado a rescatar a los cautivos arrancados por los bárbaros de sus hogares", según comenta el periodista del diario La Capital del día siguiente (Nº 23), agregando

"La redención es grande – es verdad – pero también es tristísimo que, en el siglo presente la mano de la caridad compre la libertad, la vida de nuestros semejantes al bárbaro del desierto. He aquí el tributo de nuestras miserias!".

La acción de los ciudadanos y la eficaz actividad de las damas comienza a hacerse sentir.

"En la confitería de Peyrano se recolectan fondos para el rescate de dos criaturas que han sido cautivadas por los indios" (La Capital, 1 y 2 de junio de 1868, Nº 150) y continúa:

"Para un objeto tan noble como piadoso, no necesitamos invocar la caridad – todos los corazones generosos deben espontáneamente contribuir con lo que puedan para salvar esos inocentes de los horrores de la barbarie".

Una y otra vez se apela al altruismo del pueblo de Rosario, esposos desconsolados que lloran la desaparición de sus compañeras de fatigas, padres dolientes cuyos hijos fueron arrebatados por los indios de sus hogares, todos esperan que la Sociedad de Beneficiencia tome a su cargo tan laudable propósito y los ayude en la salvación de esas víctimas, se apela una y otra vez a la caridad para recaudar el dinero necesario para el rescate y se menciona la codicia despertada en los indios que ya en setiembre de 1868 piden 10.000 pesos por cada uno de ellos<sup>4</sup>.

Los cautivos pasan a ser "aquello de lo que no se habla" pese a lo que se publica en la prensa "No hay para esos infelices ni compasión". Silencio y olvido. Los indios se llevaban las mujeres para servirse de ellas o venderlas, tenerlas mezclaba el poder y el deseo. Las voces de las cautivas, porque fundamentalmente eran mujeres las que sufrían el rapto primero y el cautiverio después, se deslizan en los textos sólo en el discurso de algún narrador y por supuesto, sólo a través de su marco de referencia e interpretación del mundo.

A pesar de ser relativamente muy larga creemos pertinente transcribir por completo una carta dirigida a la Sra Ángela N. de Cullen, Presidenta de la Sociedad Protectora de los Cautivos, aparecida en el diario La Capital el 28 de diciembre de 1872 (Nº 1520), por su valor descriptivo y documental. El título de la nota Rescate de cautivas nos adelanta el tema de la misma y las palabras del religioso franciscano Prefecto de la Congregación de Río Cuarto, Fray Moisés Álvarez, testimonian la labor fructífera de las damas de Rosario:

"Debo decirle que he consolado a muchas cautivas contándoles que en Rosario se había formado una sociedad con el objeto de rescatarlas, rayo mantendremos esa esperanza y quiera Dios que se acorte un tanto nuestro cautiverio, repetían sin cesar"<sup>v</sup>.

La carta resume las desventuras de las mujeres cautivas, el secuestro, el duro enfrentamiento con la disparidad cultural, la pérdida de los seres queridos que han quedado atrás, o los sufrimientos de ver a sus hijos pequeños morir en viajes interminables a través del desierto

apenas su llanto molesta al indio captor, o a sus jóvenes hijas convertidas en elementos de intercambio para alimentar la lujuria del secuestrador, convertidos sus cuerpos en espacio de una verdadera batalla donde se engendran a la fuerza bastardos que la sociedad blanca no querrá, mientras se van destruyendo las familias junto con la memoria de aquello que ya fue y no volverá a repetirse. El desconocimiento del idioma agrava la situación: no se entienden los gritos ni las órdenes ni los deseos de las chinas a las que son entregadas apenas llegadas a los toldos. Los recuerdos son intolerables, la memoria trata de reconstruir lo perdido, luchar contra el olvido y las ausencias, se sufre por lo que se dejó atrás, por la inactividad de los familiares que no luchan para recuperarlas y la esperanza de volver a sus hogares alimenta los deseos de fuga de algunas, deseos severamente castigados por los indios que las consideran ya de su propiedad. La carta menciona también la difusión que ha alcanzado la actividad de la Sociedad de Beneficiencia:

“Está de más que venga a encomiarle una obra que en si misma lleva bastante recomendación y que ya ha sido aplaudida por la prensa de Rosario, Buenos Aires, Córdoba, etc. El Excmo. Sr. Obispo de Aulon dirigió meses pasados una circular a todos los curas de esta arquidiócesis recomendándoles esta gran obra y encargándoles al mismo tiempo solicitasen limosnas para este objeto.

También está de más que refiera a Ud. los sufrimientos de esas infelices (porque de ordinario son mujeres) pues más o menos ya se saben; sin embargo me tomo esta libertad, ya porque me lo rogaron con lágrimas, ya porque quiero si es posible que todos los Argentinos sepan lo que padecen sus hermanos Tierra Adentro y que así conozcan más y más la utilidad de la Sociedad protectora de cautivos.”

#### CARTA DE FRAY MOISÉS ÁLVAREZ A LA SRA. ÁNGELA N. DE CULLEN, PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS CAUTIVOS

A la Señora Presidenta de la Sociedad Protectora de los Cautivos  
Sra Angela N. de Cullen  
Buenos Aires, diciembre 16 de 1872

De paso a mi vuelta de Tierra Adentro estuve algunos días en Río Cuarto y por los padres supe que la sociedad que Ud. preside, trataba de comisionar al padre Fray Marcos Donati para rescatar algunos cautivos.

Está de más que venga a encomiarle una obra que en si misma lleva bastante recomendación y que ya ha sido aplaudida por la prensa de Rosario, Buenos Aires, Córdoba, etc. El Excmo Sr. Obispo de Aulon dirigió meses pasados una circular a todos los curas de esta arquidiócesis recomendándoles esta gran obra y encargándoles al mismo tiempo solicitasen limosnas para este objeto.

También está de más que refiera a Ud. los sufrimientos de esas infelices (porque de ordinario son mujeres) pues más o menos ya se saben; sin embargo me tomo esta libertad, ya porque me lo rogaron con

lágrimas, ya porque quiero si es posible que todos los Argentinos sepan lo que padecen sus hermanos Tierra Adentro y que así conozcan más y más la utilidad de la Sociedad protectora de cautivos.

No dudo que al oír sus padecimientos y sus lágrimas el que no haya concurrido con su contingente lo hará, no creo que haya corazones de un temple tal que ni el padecer lo conmueva; ni las lágrimas los ablande y por fin no creo que alguno se excuse.

Es indescriptible el estado en que se hallan; padecen y su padecer es sin fruto. Son el objeto de las burlas de los indios y los cautivos: tal vez por contemporizar con sus fieros dueños pierden el mérito de todas sus buenas obras, no son mártires por cierto, la virtud es delicada.

He hablado con algunas cautivas que fueron llevadas chicas, ya no recuerdan quienes fueron sus padres y mucho menos saben decir a que familia han pertenecido: sólo mantienen una idea confusa de que son cautivas.

Están acostumbradas a la vida salvaje; no hacen mención de salir aunque puedan, con nosotros vino una a Villa Mercedes a negociar y se volvió luego, es preciso notar que ésta no tenía familia en Tierra Adentro, vivía sola, abandonada de todos y sufriendo mil y mil necesidades, sin embargo prefería permanecer en tal abandono; antes de venirse con los cristianos.

Qué se puede esperar de éstas! Evidentemente nada. No son indias, pues se sabe que son bautizadas, ellas también lo saben y que el bautismo impone obligaciones que no ignoran, pero tampoco son cristianas por sus costumbres y lo que es peor todavía que pudiendo salir y unirse de nuevo a la Iglesia no lo hacen.

Este camino seguirán muchas otras, las unas por la razón dicha, las otras porque se casaron (permítaseme la palabra), tuvieron familia y el amor de sus hijos no les permite separarse de ellos aunque pueden: digo más aunque los indios las despidan de sus toldos y las otras por otras razones. Ya se deja ver que todas estas religión y patria han perdido por eso es preciso que las primeras que se rescaten sean las chicas.

La desgraciada que fue cautivada chica generalmente se pone peor que las chinas, es grosera en sus hábitos, más ignorante y si se quiere más salvaje aún, si ve un cristiano se oculta o se dispara como si viera un fenómeno o un fantasma, tal vez es más inhumana que las mismas indias con otras pobres cautivas si llega a gozar de la amistad o favor de algún indio; porque sabiendo el odio que estos tienen hacia los cristianos, el modo como los tratan y que son sus enemigos, hacen lo posible no sólo para desmentir en él estas preocupaciones sino también dan una prueba martirizándolas que les pertenecen del todo.

En fin con decir que entre la hez de los indios se distingue fácilmente a una cautiva se dice mucho pero no se dice todo.

La razón de esto es muy sencilla, es abatida de propósito, se cría en el mayor rigor, es apaleada, azotada frecuentemente y humillada de mil modos. Un estado tan violento para todos y sobre todo para una criatura y para una criatura muchas veces tímida, pusilánime, poquita, no puede tener otro resultado que la descomposición y alteración de las facultades intelectuales. Vuelvo a decir, que también en éstas la religión y la patria se pierden pues si alguna llega salir, lo que es muy difícil, salen estropeadas inútiles, para si mismas y solo buenas para ver el estado miserable en que las dejan los bárbaros.

Hablaré ahora de las que tanto, la una como la otra gana y rescatarlas sería servir a ambas a un mismo tiempo. Hemos visto que han sido arrancadas del medio de sus familias, dejando al marido y los hijos entre los cristianos. No sabíamos qué conversarles, si le hablábamos de su actual estado era renovar su dolor, en el semblante estaba manifestando el dolor que les oprimía el alma, preguntarles de sus familias era ahondar más la llaga, probablemente el recuerdo de sus hijos había hecho canales en su mejillas, así pues no se hallan palabras con que saludarlas; con lágrimas nos reciben, entre sollozos pronuncian una que otra palabra cortada y teníamos el sentimiento de dejarlas llorando. No se crea que esto es una alegoría, hace tres años que presencié esta escena en el toldo del indio Ramón y ahora supe que todavía vive esa pobre, nos contó que tenía el marido y cuatro hijos chicos entre los cristianos. Esto es frecuentísimo en Tierra Adentro.

Creo que ha de ser terrible para una madre verse lejos de sus hijos, miserable esclava de un bárbaro y sin esperanza de mejor suerte. Yo no sabría descifrar si la pérdida de la libertad, de los hijos, del marido son el verdugo que más la aflige, pero lo cierto es que todos esos recuerdos le amargan día y noche. Algunos maridos no tocan los medios necesarios para rescatarlas; ellas sin embargo lo saben aunque están lejos, que mejor sería que no lo supieran, porque evitarían un tormento más sabiendo que aquel que fue el dueño de su corazón y en quien depositaron su confianza es ahora que tanto lo precisan capaz de hacer el más pequeño sacrificio por el rescate de la madre de sus hijos.

Sin embargo, aún eso puede ser un consuelo, reflexionando que sus hijos están entre los cristianos y pueden ser educados como tales, vivir con menos exposición de la vida y sin la fatal necesidad de estar a voluntad ajena (sic).

Quién no compadecerá a estas desgraciadas madres?...

Hay más, hemos visto madres que han sido cautivadas con hijos chicos; la historia de estas pobres es tan triste que no es posible oirla sin conmoverse profundamente, no sólo sufren sus infortunios, sino también los de sus desgraciados hijos? Por lo ordinario las señoras rara vez cabalgan, de suerte que obligadas a galopar 25, 30 o más leguas con una criatura en los brazos o en anca de un indio, cuando no es en pelo o en alguna montura de ellos que casi es lo mismo se hace pedazos y la criatura se muere o se enferma del sacudimiento, del sol o de las incomodidades de un viaje tan precipitado.

Y gracias que ésta muera de los sufrimientos del camino y no tenga la desgracia de ver que el indio impaciente de oirla llorar la mate a lanzazos o caminando la arroje al suelo donde morirá devorada por las fieras del campo o entre las garras de las aves carnívoras o bien lentamente por los rigores del hambre.

No puedo pintar el sentimiento de una madre que ve a su hijo exhalar el último suspiro en medio de horribles extorciones y débiles vajidos producidos por los repetidos golpes de lanza y que sin piedad y sin compasión alguna le acesta una mano bárbara. Pobres hijos! Desgraciadas madres! ...

Hay todavía más, otras fueron cautivadas con hijas jóvenes. Los indios luego que llegan a sus toldos las entregan al cuidado de las chinas para que las vigilen y se sirvan de ellas. Ahí entra el padecer de madres e hijas, no

saben el idioma y por lo tanto no entienden lo que se les manda, las chinas creen que es por soberbia, por no sujetarse a ellas, las reprenden, pero como!

De ordinario dándole palos, puntapiés, bofetadas y llega a tal el castigo que si tuvieran otra cosa a mano le dan aunque sea el azador candente. Qué dolor para una pobre madre ver el bárbaro tratamiento que les dan a sus hijas! Qué sentimiento para una madre ver que el indio las vende, las juega como si fueran bestias de carga o a vista y paciencia hace de ellas un tráfico ilícito.

Viven en un continuo martirio y en la fatal expectativa, si hoy o mañana su terrible dueño en un acto de cólera les dará la muerte.

No permiten que las cautivas se junten, de suerte que puedan consolarse siquiera. Digo poco, carecen hasta de la libertad de desahogarse a sus solas porque temen ser oídas y que esto les sea de mayor tormento.

Ahora pues, quien explicara el sentimiento de hijas viendo el triste estado de sus madres? Allí la ven trabajar el doble de lo trabajaba mientras vivía entre los cristianos sin poder aliviarla; observan que también, no obstante ese empeño no dan gusto a sus fieros dueños.

Para que sepa cuanto sufren estas pobres madres diré en compendio los trabajos que hacen, sus faenas, sus ocupaciones. Son muy pocas aquellas a quienes toca la suerte de ocuparse en costuras, en tejidos, etc, pues éstas llevarán una vida menos azarosa, son también muy pocas aquellas a quienes toca servir a una china de buen natural.

La cautiva desde su arribo al toldo es la esclava perpetua; ella ha de ser la última que se recoja y la primera que se levante, ella ha de ir por la mañana muy temprano a ordeñar vacas, en seguida ella ha de barrer el toldo, encender el fuego, traer agua y disponer el almuerzo, en fin ella ha de hacerlo todo antes de salir al campo. Después de arreglarlo todo sale al campo a pastorear las vacas, las ovejas, las cabras, o a cavar algún jagüel, o las zanjas de algún cerco, etc. O a cortar los postes que ella misma ha de hacer el corral encenada, etc, a su vuelta ha de traer un atado de leña. He aquí sus quehaceres ordinarios y desgraciada si no lo cumple.

Ahora bien si en tan rudas y penosas ocupaciones hubiera alguna falta, ahí vienen las representaciones y los castigos. Y como no haberlas si éstas mismas son capaces de arredrar hasta a nuestros más esforzados campesinos, como no a una pobre mujer?

Ya se sabe que entre nosotros ni a las perezosas ni a las personas más criminales se obliga a ocuparse de faenas tan ordinarias y sobre todo ajenas a la mujer. Muchas de ellas jamás tomaron la pala ni el azadón, ni cosa parecida, que costumbre pudieron haber adquirido! Ninguna por cierto. De suerte que los primeros días que toman tales instrumentos son los últimos de sus vidas. Cómo no cometer faltas!

Pero el indio poco se detiene a examinar si aquella pobre tuvo culpa en dicha falta. A la noticia que le trae la china, esto es que ha perdido algún cordero se levanta furioso y la golpea torpemente, dándole bolazos por la cabeza y de lanzazos o finalmente del modo más bárbaro que puede darse. He tenido oportunidad de ver algunas cicatrices de lanzazos dados en tales circunstancias.

Callo muchísimas cosas más que el pudor me impide revelarlas.

Si se teme que alguna cautiva se fugue le descarnan las plantas de los pies o se toman otras prevenciones de esa clase.

[...] Debo decirle que he consolado a muchas cautivas contándoles que en Rosario se había formado una sociedad con el objeto de rescatarlas, rayo mantendremos esa esperanza y quiera Dios que se acorte un tanto nuestro cautiverio, repetían sin cesar.

Si alguna vez puedo cooperar lo haré con el mayor placer

Fray Moisés Álvarez

1 ÁLVAREZ, Juan. 1981. Historia de Rosario 1939 (1689), Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe de la Vera Cruz, Argentina, 1ª re-impresión, p. 333.

2 ÁLVAREZ, op. cit., p. 333.

3 ÁLVAREZ, op. cit., p.334. Los antecedentes de la fundación de la institución aparecen en el folleto de Carlota Garrido de la Peña (Rosario, 1929) "Reseña histórica de la Sociedad de Beneficencia de Rosario" (Cf. La Capital, junio 29 de 1929), al cumplirse el 75º aniversario de la misma.

4 Sobre el tema se pueden consultar los números 23 (10 de diciembre 1867), 41 (4 enero 1868), 150 (1 y 2 junio 1868), 225 (3 setiembre 1868), 520 (3 agosto 1869) de La Capital, entre muchos otros.

5 Marcela Tamagnini, en su libro Cartas de Frontera. Los documentos del conflicto interétnico (Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto, 1995), publica un valioso material documental del Archivo privado del convento de San Francisco de Río Cuarto constituido por cartas, memorias, comunicaciones, informes, etc. guardados por los misioneros en el archivo conventual. La carta que presentamos no figura en el mismo.